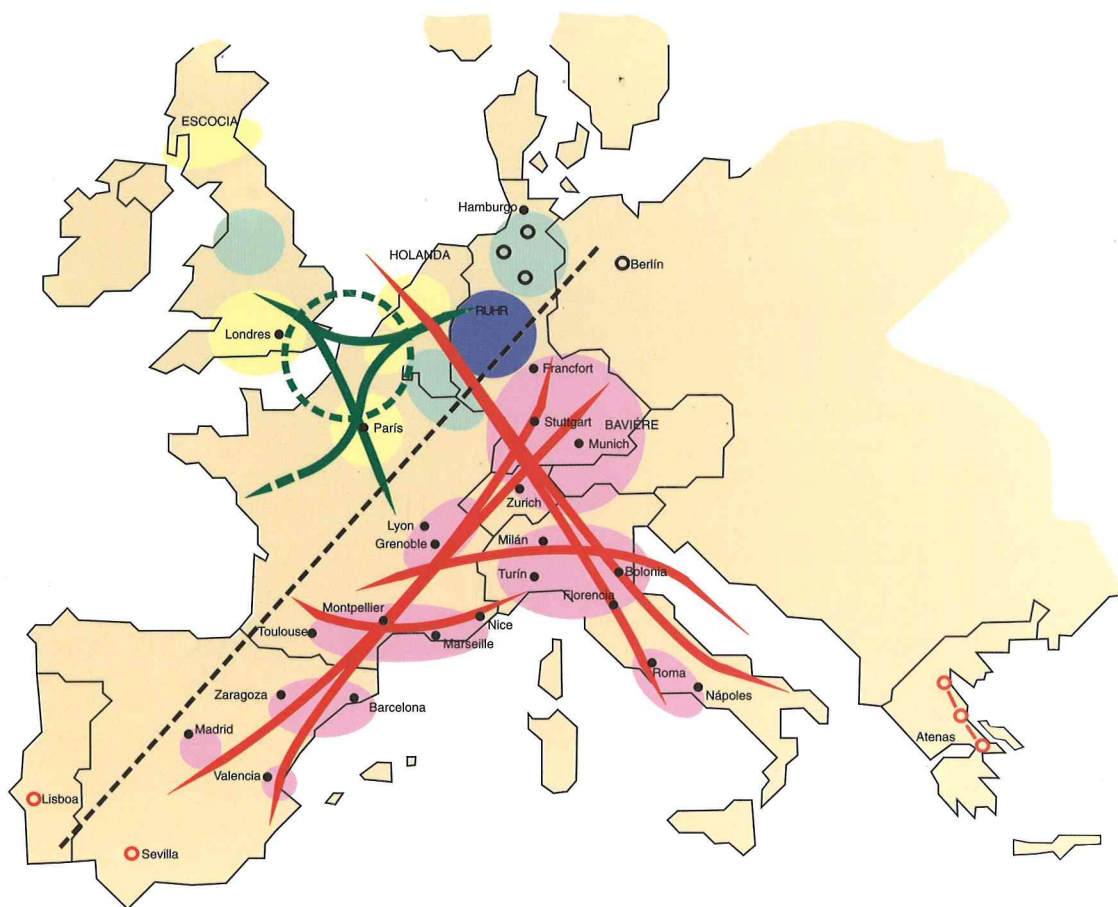


Cambios Regionales a finales del siglo XX

VALENTÍN CABERO DIÉGUEZ
JUAN IGNACIO PLAZA GUTIÉRREZ
(COORDINADORES)



ASOCIACIÓN DE GEÓGRAFOS ESPAÑOLES (A.G.E.)
DEPARTAMENTO DE GEOGRAFÍA
UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

VALENTÍN CABERO DIÉGUEZ
JUAN IGNACIO PLAZA GUTIÉRREZ
(Coordinadores)

CAMBIOS REGIONALES A FINALES DEL SIGLO XX

(XIV Congreso Nacional de Geografía)
(Ponencias y Documentos de Trabajo)



ASOCIACIÓN DE GEÓGRAFOS ESPAÑOLES
DEPARTAMENTO DE GEOGRAFÍA DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

1997

Esta publicación ha contado para su financiación con la ayuda del



MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y CULTURA

Dirección General de Investigación Científica y Enseñanza Superior
(DGICYES)

Subdirección General de Promoción de la Investigación



FEDER

Fondo Europeo de Desarrollo Regional

Ilustración de Portada: DATAR (1988), *Atlas de l'Aménagement du Territoire*; La Documentation Française; París; pg. 347.

Ilustración de Contraportada: OFICINA DE PUBLICACIONES OFICIALES DE LAS COMUNIDADES EUROPEAS (OPOCE) (1995), *Europa en Cifras. Eurostat*; (4.ª edición); Luxemburgo; pg. 345.

© Los autores y Asociación de Geógrafos Españoles

Edita: Asociación de Geógrafos Españoles (A.G.E.)
y Departamento de Geografía de la Universidad de Salamanca

I.S.B.N.: 84-922182-1-5

Depósito legal: S. 221-1997

Imprenta «KADMOS»
Teléfs.: (923) 21 98 13 - 18 42 24
SALAMANCA, 1997

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de esta publicación pueden reproducirse, registrarse o transmitirse, por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea electrónico, mecánico, fotoquímico, magnético o electroóptico, por fotocopia, grabación o cualquier otro, sin permiso por escrito de los titulares del Copyright.

LOS FLUJOS TURÍSTICOS, UNA VERSIÓN EN ALZA DE LA MOVILIDAD ESPACIAL DE LA POBLACIÓN

MANUEL VALENZUELA RUBIO
Universidad Autónoma de Madrid

INTRODUCCIÓN

La movilidad marca, sin duda, una tendencia ampliamente difundida por muy diversas facetas de nuestra sociedad; son ampliamente conocidas sus repercusiones sobre el mercado de trabajo (movilidad laboral), los cambios de vivienda (movilidad residencial) o sobre la enseñanza (movilidad estudiantil). Cada una de las versiones de la movilidad presenta unos matices espaciales peculiares, que preocupan no sólo a los geógrafos sino también a gestores, políticos y los agentes económicos involucrados. Pero es que hay prácticas sociales que se hallan genéticamente e indisolublemente unidas a la movilidad; entre ellas está el turismo y, en menor medida, el ocio y la recreación, dado que su puesta en ejecución exige en el primero desplazamiento fuera del lugar de residencia habitual, si se acepta la definición clásica que del turismo han acuñado los organismos internacionales especializados (O.M.T.), desplazamiento que, sin embargo, no es tan consustancial con el ocio. Ahora bien, es cada vez más manifiesta la imbricación entre los conceptos de ocio y turismo en el comportamiento espacial de sus practicantes; de aquí que la inclusión de ambos en el mismo marco de análisis no se nos antoje, en modo alguno, una forma de forzar la realidad.

1. LAS VERSIONES DE LA MOVILIDAD TURÍSTICA. UNA REALIDAD CAMBIANTE

Tan consustancial con el turismo es la movilidad espacial que en las primeras aproximaciones geográficas al hecho turístico se le considera incluido

en la Geografía de los Transportes, lo que ha dejado su huella no sólo en la literatura especializada sino incluso en la denominación habitual del Turismo en determinadas lenguas (en alemán, por ejemplo, *Fremdenverkehr*, traducido literalmente como «circulación de forasteros»). Ahora bien, con anterioridad a su masificación, el turismo fue considerado como una versión más de las migraciones estacionales sin que mediaran razones laborales, matiz que lo diferenciaba básicamente de otros desplazamientos estacionales como los tradicionales de pastores, gancheros o viñadores o los más modernos de camareros y estudiantes. Bien es verdad que la citada contraposición está en vías de diluirse si se consolidan ciertas versiones turístico-laborales de la movilidad, la de los artistas o profesionales en busca de espacios agradables donde vivir y trabajar todo el año o una buena parte de él.

De modo que la contraposición clásica entre viaje de trabajo y de placer se halla en vías de revisión y con seguridad irán apareciendo nuevos híbridos de la citada combinación, que antes o después está llamada a afectar a todas las dimensiones del flujo turístico. Así, junto a la versión masificada del turismo de ruta con sus recorridos extenuantes por paisajes pintorescos, monumentos y ciudades históricas o la estancia estándar (de una semana a un mes) del turismo de sol y playa, están apareciendo modalidades de estancia discontinua, asimilables a versiones más o menos elaboradas de la residencia secundaria; incluso está llegándose a diluir la misma idea de flujo y de estancia en destino turístico cuando éste último acaba por equiparar y hasta suplantar al originariamente principal en las preferencias de la otrora clientela turística. De lo cual se desprende que tanta o más atención que el destino del flujo y la intensidad del mismo es la duración y recurrencia de la estancia, que es lo que, en definitiva, va a marcar la relación del visitante con la sociedad y el territorio de destino pudiendo llegar a perder el propio carácter de turista para convertirse en residente periódico, cuasipermanente o definitivo. De aquí la utilidad que pueden reportar las aproximaciones espaciotemporales para captar éstas y otras hibridaciones, que sin duda irán apareciendo en el universo turístico-recreativo.

En la apertura de nuevos horizontes para la movilidad turística no menor cuota de cambio le corresponde a la adscripción social y económica de quienes la practican y no sólo en la medida en que ésta condiciona la cuestión del gasto por turista, sobre la que tanto interés ponen el sector económico ligado al turismo y las administraciones competentes. Sin duda, para ellos es fundamental cómo se están segmentando los mercados turísticos en función de la composición demográfica o socioprofesional de la clientela; las expectativas de beneficio abiertas por el denominado turismo «de negocios» en sus diversas versiones (ferias, congresos incentivos, etc.) en nada es comparable a los turismos «sociales» (tercera edad, escolares, jóvenes etc.).

En función de sus respectivas especificidades es obligado modular desde el desplazamiento hasta el alojamiento pasando por la oferta complementaria o la animación. Es evidente que los efectos inducido y multiplicador que una versión u otra de turismo puede tener en los destinos cambia diametralmente. Lo cual coloca en su justa dimensión la cuestión de seleccionar el modelo turístico local o regional, concebido como esfuerzo planificador y organizativo por adecuar la oferta a uno o varios segmentos de la demanda respecto a los que se aspira a tener un nivel de atractivo que genere la decisión del desplazamiento y el consiguiente flujo.

2. DÓNDE Y CÓMO MEDIR LOS FLUJOS TURÍSTICOS, ALGO MÁS QUE UNA MERA CUESTIÓN INSTRUMENTAL

Son complejos, por definición, los mecanismos psicológicos y mercadotécnicos que desencadenan la puesta en marcha del desplazamiento y la formación de los flujos turísticos. Antes que éstos tomen cuerpo en forma de pasaje de avión, autobús o barco o se materialicen en una reserva hotelera, pueden dar síntomas de su situación más o menos germinal mediante la aplicación de metodologías adecuadas a cada caso; así, el análisis de las llamadas para recabar información sobre un determinado destino ya de por sí pueden dar constancia de la existencia de un interés por el mismo, que con las cautelas oportunas podría entenderse como «flujo potencial»; de igual manera, las encuestas sobre preferencias en cuanto a la forma y lugar en que gastar el tiempo de ocio semanal o vacacional pueden llegar a detectar e incluso dimensionar, gracias a los consabidos artificios estadísticos (no siempre muy fiables por cierto), los «flujos latentes», que, mediante los estímulos oportunos y el adecuado encauzamiento, habrían de convertirse en desplazamientos.

Cuestión no menos discutible es la de dónde se puede o es preferible medir el flujo turístico; la verdad es que es muy poca la incidencia que en la decisión pueden tener las preferencias de investigadores o estudiosos, ya que los únicos con capacidad real son quienes ejercen algún tipo de control sobre el turista, sea en origen o en destino. En origen el turoperador o mayorista, responsable del reclutamiento del turismo organizado podría aportar amplia y valiosa información, que sólo transmiten en una muy reducida proporción. Las rupturas del flujo turístico en puertos, aeropuertos o fronteras deparan una buena ocasión para medirlo, justamente cuando el turista se halla en tránsito; esta oportunidad se mantiene respecto a ciertos flujos procedentes de áreas geográficas con regímenes autoritarios o generadores de problemas para los países de destino por motivos de tráfico de

drogas, inmigración ilegal o razones de similar índole. En cambio, los flujos turísticos intracomunitarios, incluso los más organizados, presentan dificultades insalvables para su medición, dada la progresiva eliminación que los trámites aduaneros están experimentando en la mayoría de los países de la Europa de los Quince.

Los países receptores de turismo son, en última instancia, los más interesados por computar los turistas que reciben y de darlos a conocer en sus estadísticas especializadas, en donde quedan reflejados origen exterior y destino de los turistas en el interior del país correspondiente, modalidad de alojamiento hotelero utilizado y, ocasionalmente, forma de desplazamiento, entre otros datos. Ahora bien, existe un censo creciente de turistas que, además de viajar independientemente, utilizan como modalidad de alojamiento la oferta extrahotelera, ya de por sí muy heterogénea y, ocasionalmente, ilegal (mercado «negro» de alquiler de apartamentos); las dificultades de medición en destino de los flujos se acusan en el caso de las residencias secundarias tanto cuando son usadas por sus propietarios como, sobre todo, cuando son cedidas o alquiladas a terceros. En tales casos el único recurso para medir la presión turística son las técnicas indirectas que recurren al consumo de bienes de primera necesidad (pan, agua, electricidad) o al uso de servicios básicos (recogida de basura) como indicador de la presencia de población no residente habitual.

Las dificultades metodológicas para identificar y medir un flujo turístico afectan, pues, en muy desigual medida según a qué tipo de modalidad pertenezca. Así, el de cuantificación más segura es, sin duda, el turismo más convencional en su variante itinerante (turismo de circuito) y estante (turismo de playa), ya que, además de que el propio carácter masivo y rutinizado de dicha modalidad facilita su medición, en el propio funcionamiento del flujo se producen varias oportunidades para realizarla con garantías de fiabilidad: en el momento del reclutamiento, a lo largo del transporte y en el propio alojamiento. En situación de dificultad máxima se hallarían, en cambio, todas las variantes del turismo de interior (rural, cultural, de aventura, ecológico etc.). Comienzan por ser unos turismos de carácter autónomo en el sentido de que para concretarse no necesitan de ningún intermediario que gestione los servicios ligados al desplazamiento (billete, información, alojamiento etc.). El desplazamiento en vehículo propio, así como la amplia gama de modalidades de alojamiento entre las cuales puede actualmente elegir el turista «por libre» (desde el camping a la casa rural sin ningún tipo de reserva previa), le hacen particularmente inmune a cualquier intento de medición precisa. Una vez más el recurso a técnicas indirectas o a las extrapolaciones permitirá eludir el escollo metodológico al que nos estamos refiriendo.

3. LOS FLUJOS TURÍSTICOS HACIA LAS REGIONES ESPECIALIZADAS, ENTRE LA INERCIA Y LA RECUALIFICACIÓN

Dada la complejidad de esta temática y la tarea puramente introductoria y movilizadora de las sesiones del Congreso que se nos ha encomendado, es nuestra intención plantear los puntos subsiguientes con un orientación marcada más por las dudas que por las certezas, dudas que nos han sido, en parte al menos, suscitadas o recordadas por los mismos textos presentados a esta Ponencia:

a) La cuestión de las polarizaciones turísticas entendidas como las preferencias de los turistas de ciertos orígenes por determinados mercados o destinos y su continuidad en el tiempo plantean ciertas cuestiones relativas tanto a la forma de gestarse como a su estabilidad. Destacaríamos, entre ellas, su vinculación al nivel de desarrollo de las regiones emisoras en la medida en que éste pueda afectar a las preferencias turísticas y los cambios que en él se produzcan dar lugar a reorientaciones en dichas preferencias. Aparte de las dificultades metodológicas que entraña medir niveles de desarrollo, admitir la existencia de un determinismo en la gestación de «polarizaciones» supondría ignorar las otras dimensiones, mucho más cualitativas y variables que las puramente económicas, que inciden en la formación de los flujos turísticos. Pero es que, sobre todo, se obviaría de esta manera la capacidad de imponer «polarizaciones» en las relaciones países de origen-regiones de destino que han demostrado tener durante décadas los tour-operadores; fundamenta esta hipótesis el sistema de condiciones privilegiadas que éstos han pactado con los hoteleros como premisa para canalizar hacia un determinado destino los flujos previamente captados en los países de origen del turista.

De aceptarse tal hipótesis, mantener las condiciones citadas, suavizarlas o dismantelarlas será una condición «sine qua non» para que tales «polarizaciones» se perpetúen o se diluyan. Claro está que quizá no todas las partes implicadas en el funcionamiento de las «polarizaciones» coincidan en la valoración negativa del control de los flujos en origen y de las relaciones desiguales entre los tour-operadores y los agentes locales; al fin y al cabo en ellas se basa una buena parte de las economías, fuertemente terciarizadas, de las regiones turísticas especializadas. Pero es que, aún en el caso de que hubiera general consenso en torno a la conveniencia de romper las «polarizaciones», sería cuestionable que se pudiera llegar a realizar, vistas los beneficios económicos que de ellas se derivan y la imposibilidad de crear una alternativa. La conclusión a que, de aceptar este razonamiento lógico, habría que llegar es que la estructura de flujos actual es inamovible.

b) La incidencia que sobre la reorientación de la actual estructura de flujos podría llegar a tener la introducción de cambios cualitativos en la oferta se convertiría, en coherencia con el hilo argumental mantenido en el párrafo anterior, en utópica o en banal a la vista de que el funcionamiento de las «polarizaciones» de los flujos se halla sólidamente instalado sobre prácticas empresariales de subsidiariedad al sistema tour-operador. Aún así, parece que el reto por la reorientación debe ser afrontado en un doble sentido: por una parte, como instrumento de captación de nuevos segmentos de demanda y tanto a éstos como a los ya existentes dotarlos de mayor capacidad de gasto con su consiguiente efecto multiplicador sobre las economías locales o regionales. También debe ser entendida en sentido difusor de la funcionalización turística del territorio, propiciando con ella que se articulen de forma más eficiente y armónica la costa con el traspaís o la oferta básica con la complementaria.

Puede ocurrir que se hayan producido o se estén produciendo cambios de tendencia de los flujos respecto a ciertas áreas de destino en los estadios más avanzados del modelo de Butler (Fase de Estancamiento o de Declive). En tal caso, la búsqueda de la recualificación de la oferta se convierte en condición necesaria para su supervivencia más allá de que tales políticas se planteen como instrumento de pura propaganda, exterioricen reacciones de buena voluntad no suficientemente armadas de instrumentos eficaces o que sólo afecten a la superficie de la problemática. En esta última orientación nos tememos que apuntan algunas de las medidas incluidas en los «Planes de Excelencia Turística» apadrinados con miles de millones por el Plan Futures. No creemos que las puras operaciones de «maquillaje» sirvan de mucho como instrumento de reorientación y recualificación de los flujos turísticos más convencionales.

4. LOS NUEVOS FLUJOS TURÍSTICOS, ENTRE LA IMPROVISACIÓN Y EL OPTIMISMO

Mucho se ha hablado y escrito sobre las transformaciones experimentadas por la demanda en un sentido más exigente y cualitativo, lo que abriría buenas expectativas de desarrollo turístico para regiones carentes de tradición pero bien dotadas de recursos culturales, ambientales o paisajísticos. Sobre ellos bien podrían articularse nuevas ofertas distintas de las tradicionales y más equilibradamente distribuidas por el territorio; justamente en ello estriba uno de los problemas genéticos de los nuevos turismos: la falta de identidad de la oferta, dada la existencia en todos ellos de una misma combinación de atractivos que suelen esgrimir las áreas de destino para intentar canalizar hacia ellas unos flujos aún poco numerosos.

Está por ver, en cualquier caso, si los factores desencadenantes de los nuevos flujos turísticos responden a una tendencia consistente o sólo se trata de una moda pasajera, que se diluirá en un plazo más o menos breve, el que tarden en aparecer otras preferencias a la hora de llenar el tiempo de ocio. Las encuestas parecen apuntar hacia una consolidación de este resurgir de la tradición viajera, más reposada y fiel en su relación con el espacio turístico. Se trata de un turismo de «clases medias» urbanas e ilustradas, que han experimentado un alto grado de insatisfacción hacia los turismos convencionales, a los que buscan alternativas a nivel personal, familiar o de grupos de amigos. Siendo este segmento social de crucial importancia en las sociedades avanzadas, se impone su reforzamiento mediante la incorporación de los nuevos segmentos de demanda englobados en el concepto de «turismo social» compuesto por jóvenes, familias, afiliados sindicales, tercera edad entre otros. En conjunto, todos ellos tienen ya entidad numérica para ensanchar y consolidar los nuevos flujos turísticos haciendo de ellos un auténtico motor de desarrollo sostenible; paralelamente, las zonas de destino habrán de crear algún tipo de «polarizaciones» en la línea de las ya existentes en las áreas turísticas consolidadas, pero en su caso esto sólo lo podrán conseguir a través de la captación selectiva de mercados.

Los nuevos flujos turísticos no están carentes de riesgos, que a veces pueden parecer contradictorios. Así, por una parte en destinos concretos urbanos o rurales ya están haciendo su aparición síntomas de masificación con el consiguiente riesgo de deterioro del recurso que los ha generado y de insatisfacción para los visitantes; parece, por ello, inevitable la conveniencia de establecer capacidades de carga con la consiguiente introducción de limitaciones de acceso y otras medidas restrictivas si se quiere mantener el atractivo frente a una demanda pequeña pero selectiva. Precisamente, la pequeñez de los flujos hace surgir el temor de que sean insuficientes, por mucha que sea su capacidad de gasto, para generar efectos dinamizadores adecuados, en términos renta-empleo, para la economía local. En efecto, ¿cómo puede basar su futuro económico una zona deprimida de base agraria sobre unos centenares de visitantes veraniegos al calor de la oferta de algunas docenas de alojamientos rurales?

Arroja dudas sobre la consistencia de los nuevos turismos el excesivo proteccionismo que está presidiendo su nacimiento; todas las administraciones, desde la comunitaria a la local, están volcando sus instrumentos de incentivación (desde los normativos a los financieros) con la vista puesta en acelerar la consolidación de las oportunidades abiertas por los nuevos turismos; el riesgo estriba en que la consecución de objetivos tan a corto plazo provoque el despilfarro de los recursos siempre escasos puestos a disposición de iniciativas inconsistentes. A mayor abundamiento, lo que se dirime

es la implantación de una cultura de la subsidiación, sobre la que poco sólido y duradero se puede construir. Este riesgo late en la desproporcionada parte de la Iniciativa Comunitaria LEADER dedicada a propuestas turísticas en su primera convocatoria. En última instancia, lo que está sobre la mesa es la potencial subordinación de la sociedad civil a las estrategias de políticos y burócratas, cuyas decisiones se mueven al compás de los ritmos electorales.

Está, por último, la propia presentación de los productos turísticos estructurados en ofertas demasiado recurrentes en cuanto a contenidos y vinculación espacial; se adolece, en general, de superficialidad en la utilización de los recursos, de voluntarismos en cuanto a su potencialidad turística y de un bajo grado de integración de los distintos elementos en una imagen de marca atrayente y asumible por la clientela. Véase, si no, la forma en que se conciben y presentan los itinerarios y rutas turísticas, cuya ejecución práctica difícilmente es viable. De hecho, se ha concitado un excesivo optimismo sobre las potencialidades de los ejes turístico-culturales, que, bajo la inspiración de la recuperación de la experiencia viajera, tanto estímulo han obtenido de la Unión Europea y tantos fondos están recibiendo de las administraciones autonómicas. La pena es que la coordinación frecuentemente brilla por su ausencia, como se ha puesto de manifiesto en el caso del Camino de Santiago, sobre el que las Comunidades Autónomas por cuyo territorio discurre han actuado de forma totalmente compartimentada e inconexa.

No obstante el ámbito comunitario asignado a este Congreso, no deben perderse de vista los flujos turísticos de los españoles en España, que se hallan en franca expansión, como lo prueba el que han ascendido en más de un 60 por 100 desde 1992. Estos flujos tienen un perfil algo distinto del de los extranjeros; de entrada, se hallan mucho menos concentrados y bastante más influídos por factores geográficos tales como la existencia de antecedentes familiares o relaciones de propiedad en destino. Por otra parte, desde la perspectiva temporal, los flujos interiores se activan no sólo durante las vacaciones veraniegas sino que le sacan partido a los cortos períodos vacacionales distribuidos a lo largo del año («puentes», fines de semana etc.); con ello se suavizan en parte los efectos de la estacionalidad de los flujos externos sobre las empresas del sector turístico. Prueba de la difusión de los turismos de interior en la sociedad española es que en el «Puente de la Constitución» de 1995, en el que nos hallamos celebrando el Congreso, el cartel de «completo» ha sido colgado prácticamente en todos los destinos turísticos españoles, de costa e interior.

5. LA PERSPECTIVA GEOGRÁFICA EN EL REDIMENSIONAMIENTO DE LOS FLUJOS TURÍSTICOS

No deberíamos concluir estas reflexiones en torno a los flujos turísticos sin hacer referencia a la capacidad de soporte del territorio para acoger una determinada presión de usuarios, que puede llegar a hacerse insoportable para la propia supervivencia del medio. Precisamente por tales derroteros nos recomienda deambular la Conferencia de Río sobre Medio Ambiente y Desarrollo. El discurso sostenible forma parte también, aplicado al Turismo, del 5º Programa Comunitario para la Mejora Ambiental (1993-2000). Falta, sin embargo, mucho trecho aún por recorrer para que la sostenibilidad incida eficazmente sobre el control ambiental y el equilibrio territorial. No obstante, sobra demasiado discurso sostenible utilizado como puro maquillaje, cuando no de coartada, para nuevas operaciones rentabilistas.

Como quiera que el enfoque de nuestros congresos no elude la vertiente aplicada de la Geografía, no podemos dejar de invocar aquí la irrenunciable responsabilidad por hacer que los criterios geográficos estén presentes en las estrategias territoriales de los operadores turísticos, sean éstos las administraciones o los particulares. De una forma u otra, toda iniciativa que afecte a un destino turístico incide antes o después sobre el funcionamiento de los flujos hacia ellos, dado lo indisociable de todo el proceso, desde la motivación para desplazarse hasta la infraestructura de acogida en el destino turístico. De aquí la conveniencia de aportar el máximo rigor científico y de independencia de criterio a las colaboraciones en que nos veamos involucrados.